AÑO XX 10 NOVIEMBRE DE 1911 NÚM. 490

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: RDMO. P. EDUARDO LLANAS ESCOLAPIO
CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN ROMANA DEL INDICE

DE HISTORIA ANTIGUA

I

MAESTRA de la vida, luz de la verdad, testigo de los tiempos..... he ahí el alto concepto á que llegó la Historia bajo el espíritu pagano. Cierto que su labor histórica no corresponde á tal definición, mas ellos sentaron los precedentes para que la humanidad estudiosa elevara la Historia á la categoría de una moderna ciencia.

Cuanto más avanza el hombre en el camino del progreso, más siente la necesidad que le impele al conocimiento de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.

Particularizando estudios y cultivando aptitudes, la humanidad trabaja con los diferentes miembros de su organismo para llegar á aquella admirable síntesis en que reuniendo en un solo cuerpo científico todos los trabajos parciales, constituye el resumen de las humanas aspiraciones en el libro de la vida; la Historia.

Este es el verdadero sentido científico de nuestra doctrina. Con ella, el hombre contempla ante sus ojos extendida sobre un lienzo la vida de sus pasados.

Con admirable rapidez en él se suceden los imperios y las culturas; sobre las ruinas de unos se alzan otros más esplendentes, y en este continuo caer y levantar del hombre, se desarrolla su vida hacia los horizontes del progreso.

De este modo el espíritu humano aprende en el pasado las leyes del porvenir; ese inmenso caudal de experiencia ajena le traza el camino de sus actos, le anticipa á la vida, y colocado el hombre en esa sublime altura, desde la cual contempla la moral eterna, encamina sus pasos sin vacilar hacia unas normas imborrables.

Imborrables por estar basadas en una convicción científica, fruto de serios y profundos estudios históricos que han dado al hombre esas normas; normas subjetivas que marcan una línea de conducta

conforme un providencialismo en el progreso; normas que equivocadas opiniones han transformado en objetivas, erigiéndolas en leyes inmutables de una predestinación fatal.

Estos son los brazos en que se bifurca la Historia desde el momento en que abandonando las galas poéticas de la narración se basa en la exposición y en el análisis, y cuya «ciencia nueva» se llama Filosofía de la Historia.

La Filosofía de la Historia no toma carácter de ciencia hasta Bossuet; pero su origen es más remoto. Desde el momento en que el historiador prescinde de los mezquinos intereses de un imperio, de un reino ó una ciudad, abandona los convencionalismos de una política más ó menos injusta, y fijos sus ojos en el Calvario, medita y profundiza el misterio de la Redención, en aquel momento podemos señalar sin vacilaciones el albor de aquella «ciencia nueva».

Porque nace esta ciencia cuando el hombre pretende descubrir, al través de las edades históricas la idea de unidad y armonía en el tiempo y en el espacio; cuando empieza á vislumbrar por entre las evoluciones sociales de la humanidad pasada leyes que unan los hombres y planes que regularicen los hechos.

Esa labor unificadora, ese trabajo en hilvanar los acontecimientos considerándolos, no como hechos aislados acaecidos al azar, sino como consecuencias lógicas de unos principios universales, es el trabajo realizado por el historiador desde que San Agustín y Santo Tomás le mostraron el camino con una mirada retrospectiva hacia los comienzos de la Era.

Las doctrinas de Jesucristo salvaron las vallas que separaban los pueblos y los hombres, y este hecho, al trascender á todos los órdenes de la vida humana, hizo que el hombre se sintiera conciencia de la Historia. Que al esplayar su vista en la inmensidad de su pasado no se considerara un elemento inconmensurablemente pequeño ante la magnitud de la sociedad humana, sino factor integrante de la misma, cuyas glorias pasadas son glorias propias, y cuyos esfuerzos futuros á él también le alcanzan.

Consideremos, pues, las predicaciones de Jesucristo como el punto de partida en nuestros estudios históricos.

Dogmáticamente estas predicaciones fueron sintetizadas en el «Símbolo de los Apóstoles», el Credo; históricamente fueron resumidas en los Santos Evangelios.

Ellos constituyen la clave de la Historia; la que le da una verdadera orientación científica después que el pecado del primer hombre quebró con su malicia la unidad y la armonía de la Creación.

La Historia, pues, posterior á Jesucristo, es una lógica deducción de su doctrina; la Historia anterior á El constituye los precedentes milenarios que preparan la venida de aquélla.

Esa es, pues, la finalidad del historiador al estudiar las edades anteriores á Jesucristo.

Su labor intensiva sobre las obras históricas de las literaturas clásicas, sobre las religiones, teogonías, constituciones sociales y po-

líticas, sobre todo aquello, en fin, que pueda proporcionar datos históricos de lógica certeza, consiste en deducir de todos ellos unos principios tales, que hallen explícita confirmación en las Sagradas Escrituras.

De esta manera la ciencia humana y la revelación divina andarán paralelamente en ese viaje retrospectivo desde Jesucristo hacia los orígenes indefinidos de la prehistoria.

Dejemos á la Filosofía de la Historia moderna que deduzca de los hechos pasados normas de conducta para la humanidad futura y apliquemos nuestra intensidad en descubrir por entre las obscuridades de la historia de Oriente la confirmación de la palabra de Dios.

De este modo, cuando en sus vacilaciones la prehistoria nos niegue su mano, y nuestra actividad se desvanezca perdida en el mar de las incertidumbres, la fe llegará donde no pudo la ciencia, y las tradiciones bíblicas nos darán un complemento pleno y exacto de nuestros estudios. Allí encontraremos de nuevo aquellos principios de unidad y armonía que perdió el hombre al perder la gracia, y entonces podremos regresar desarrollando un trabajo de recomposición histórica, imposible de realizar sin una idea fija de principio. Como foco de luz que se desparrama en millares de rayos, veremos multiplicarse los creados por Dios en pueblos y razas con distintos caracteres y diversos ideales; mas convencidos de la veracidad de las promesas divinas, aguardaremos sin vacilar el cumplimiento de la palabra santa *Fiet unum ovile et unus pastor.*

CARLOS BADÍA
Académico de Número

CONVERSA D'HOSTAL

(Taquigrafiada)

—Xiquet, treu tot aquet fato, ¿que no ho veus qu'assò és un pantano?

—Y tant y tant, veis, sols pugo passar la tartrana.

—

—Hola, Josepa, ¿quína la fas peraquí?

—M'en vay cap a Sarroca. Y tú, Quildo, ¿què dius de bo?

—¡Ah, que vas a Sarroca! ¿Si'l vostre no ha baixat?

—No, no, qu'encar no està prou moral.

—Y dos ¿què té?

—Ay, fillet, sisquere fa dues semanes que jeu, si no'l sagnen s'em morix lo pobret. Com qu'ell ja té una mena de manera de naturalesa tota sanguinosa, lo nostr'home, se li van posar totes les sangs al cap. Lo senyor metge no'l volía sagnar però jo vay dirli: mires, lo meu parer és sagnarlo, ara vostè fassi com conegui.

— ¡Què tal!

— Y vaja al últim encara'l va sagnar.

— Ara no'n saben els metges, adés sempre sagnaven y anava d'allò més bé.

— Sí, sí, xiquet; si s'escau de que no'l sagnin no ho haguera pas contat.

Lo senyor metge estava *enteressat* de no sagnarlo perque díe que no's debelitèsa, per ara s'ha quedat liquero, liquero.

— Y està clar, dona, si sagnant surten tots los mals humors de la sang.

— Això mateix; y... hasta que vols que't digui, tanta, tanta sang no servig per res...

— Y tal, y tal. Ara veis, pobre Peret. Vuy dir que ja ho era ell un home ferm y ple de sangs, prò vaja tan com per ferirse, no, que no ho semblava.

— Dos, ja't ben rejuro jo, que si no me li trauen totes les sangs dolentes, devé morirse.

— A mí que no'm vinguin ab medicines y més medicines.

— Sagnar, sagnar, y fora potingues d'apotecari, que son una mala cosa pel ventrell y després una carestía.

— Això, això.

—

— Apa que no hem de marxar.

— ¡Ah, sí, sí!

— Neu pujant.

— ¿Tots aquets hem de pujar?

— ¿Y dos? Si que us espanteu prompte, mestressa.

— ¿De quants assientos és aquesta tartrana?

— Uyyy... de vuyt crech qu'és.

— ¡Regna Santa! y som, dos, quatre; sisquere som dotze o tretze.

— Fintes que sièm vint, com l'altre día.

— Deu me valgue. ¿Vint? Y ahont los veu ficar?

— ¡Oh, no hou sé! Quan erem allà prop del pont del Diable, al indret del molí de l'oli, catacrech, se'ns trenca'l fusell.

— Lo Sant Cristo de Balagué fassi que no prenguèm mal.

— Apa. ¿Que ja heu tancat la portella?

— ¡Oh, que no podèm!

— Espenyeuse, dona, espenyeuse, com que sou tan grossa. ¿Ahont aneu ab aquet feig de carn?

— Ja està:

— ¡Au! ¡Castañaaaaa...! ¡Valientaaaaa!! Yep, yep, yep...

— Adeu siau y que s'adobo'l Peret.

— Deu ho fasse.

JAIME NADAL CAMPS
Académico de Número

Lleyda, octubre 1911.

LA CUESTIÓN DEL CINE

Mantengo correspondencia con un ilustrado tendero de una población catalana de segundo orden, que en su última carta me dice: «¡Y si usted supiera que no es el cinematógrafo quien hace ruinosa competencia sólo á teatros y cafés! Por eso me lamento; porque si yo fuera dueño de dichos ó semejantes establecimientos mi queja sería bien vana. ¡Quién había de decirme hace diez años lo que hoy me está pasando! ¡Un tendero cualquiera, un dueño de un modesto comercio de ropas á punto de arruinarse por la competencia infame de un cine de enfrente! Crea que escribo lleno de rabia y dolor estas líneas. Lo primero porque veo en la loca afición al cine un paso que da la sociedad hacia el retroceso. Lo segundo porque... usted comprenderá que ya mi tienda no cubre los gastos de mi familia como los cubría antes. No he de negarle que un establecimiento de ropas con venta al contado es un negocio seguro. Pues bien, si ayer dió á mis padres un beneficio de dos, hoy da á nosotros una compensación pobre del capital que invierto en la explotación. Mañana estoy seguro que el pequeño comercio tendrá que cerrar sus puertas en las poblaciones pequeñas. Todo esto son las consecuencias económicas del cinematógrafo. No crea que soy yo solo el que aprecia ese mal social (1) de esta manera; somos todos los tenderos que vemos, como con luz del sol, que una familia pobre deja en los cines mensualmente más de seis pesetas. Prefieren ver películas á comprar un refajo ó un corte de vestido.

Bien poco son seis pesetas al mes para una familia, dirá usted. Pero yo le replicaré que entre mis clientes han desaparecido individuos que estoy seguro que antes les pesaba gastar las seis pesetas en ropa y hoy se pelean á las puertas del cine para dejarlas en taquilla. Yo no sé qué puede darles más utilidad, si el remoto recuerdo de películas que se amontonan de momento en su cabeza, para ir desapareciendo de la memoria, ó un buen refajo ó unas toallas que duran muchos años sin gastarse y que se usan continuamente. Ayer mismo me decía Peret que ya empieza á notar que no se le compra chocolate y que cada día se le pide menos azúcar. Usted piense como quiera; yo estoy seguro que de todo tiene la culpa el maldito cine. En el que tengo delante de casa, que usted ya conoce, el domingo pasado hubo trompadas varias veces entre asistentes á la función. Esta es la comedia de cada día. Y para terminar esta carta le voy á narrar lo que oí desde mi puerta el domingo último. Doña..., que usted sabe que aquí tiene bastante nombre, y sus dos hijas iban al cine. Al pasar frente á mi escaparate la menor de las hijas se enamoró de un almohadón que tenía expuesto y se empeñó en quererme preguntar el precio. Yo me hice el distraído porque vi que á la señora no le gustaba el capricho de su hija. Estuvieron las tres peleándose

(1) Sin duda esa es la frase más acertada de la carta.

buen rato y al fin, muy enfadada, exclamó la madre: ¡Cuántas veces os he de decir que no hay dinero para todo, que si queréis lujo suprimáis el cine!

Las chiquillas, por espíritu de contradicción, dijeron que preferían la almohada al cine; la madre se cortó, se puso color de rábano y dando codazos y murmurando «yo no», «pues yo no», se fué á taquilla y pidió tres *preferencias*».

No creo molestar á mi apreciado tendero publicando su carta. Sería injusto guardar un documento tan vivo sin que participen de su noticia mis lectores. Es cierto cuanto dice. Yo añado categóricamente que la cuestión del cine es más hoy día cuestión con visos de social que económica. No es mi tendero el primero que se lamenta de la competencia del cine. Todos nos lamentamos,... pero todos damos con nuestros huesos en él.

Nadie puede desmentirme. Todos pisamos á menudo y favorecemos con el bolsillo esos locales antihigiénicos donde la gente hace de la exhibición del mal gusto un culto acendrado. ¿Y para qué? Aquí entra otra cuestión. La pavorosa cuestión de la moral. Ella la dejamos á los que la conocen y estudian. Por nuestra parte creemos ver un fenómeno social en la afición al cine. Todo fenómeno tiene su explicación, y éste, que al principio parece no tenerla ú ocultarla demasiado,... la tiene en los precios.

No hay que meditar demasiado para verlo. El cine es un pasatiempo que no tiene un carácter completamente frívolo ni extremadamente serio. Se ajusta á la generalidad de las personas. Todo el mundo sabe y quiere enterarse de lo que la cinta presenta, y cuando se une en ella algo que halague la sensibilidad y algo que responda á lo real, es natural que el individuo no se muestre indiferente á lo que ve en personas de carne y hueso como él. Si la cinta, además, está tomada con arte y los *cómicos* cumplen su cometido del modo más perfecto, se da entonces algo *que vale,* estéticamente considerado. Unid estas últimas ventajas á los dos requisitos primeros y tendréis un conjunto que *hará sentir* indudablemente. Eso basta para llamar gente.

Ahora tomemos el cine como diversión de duración adecuada á la comodidad, pongámosle un precio verdaderamente módico, hagámosle escuela de toda clase de pasiones, tomémoslo como sitio de moda ó reunión,... y habremos conseguido, sin gran esfuerzo, infiltrar su afición á todos, desde el de gran posición al que necesita ahorrar un refajo ó toalla para darse *ese gusto.*

En las capitales populosas su influjo no podrá notarse demasiado; es cierto. Pero en las pequeñas poblaciones han de acabar con los pequeños comercios, como dice mi tendero. En ellas, la gente de posición se viste (y alimenta á veces) con géneros de la capital. Los pequeños establecimientos son para otras gentes,... y esas gentes prefieren el cine al lujo, y con el tiempo, de seguir esta fiebre contagiosa, al abrigo del cuerpo y de la cama. Si llega á comprobarse la afirmación de *Peret,* es decir, que la gente se priva ya, por el cine,

del chocolate y azúcar (léase alimentos), pongámonos las manos en la cabeza y huyamos con horror... para que *no se nos pegue* la enfermedad mortal.

Estoy seguro que de hacerlo así conseguiremos dos ventajas: la individual y la social.

El tendero me dice luego á guisa de posdata,.., y tiene mucha razón: «...pues bien, si usted quiere merecer *el bien de la Patria* recójase en su interior é imíteme: prometo por mi honor no volver á pisar un cine en mi vida. El día en que el gobierno comprenda cabalmente el mérito que tal promesa supone en bien del país, estoy seguro que creará la Orden Real y Distinguida de los *Sincine*. (Lo que me extraña es que á Peret y á mí, que vivimos tocando á Francia, no nos nombren de la Legión de Honor...)».

Yo estimo esta carta, de meollo vasto, á pesar de su última ironía.

LUIS MARIMÓN
Académico de Número

LOS DE HOY

XIII

EMILIO CARRERE

Mürguer ha sido la perdición de muchos jóvenes fogosos. Su bohemia es excelente, ideal, endiosadora para ser leída; pero en la práctica se sufre una gran decepción. ¿No existen los bohemios? Sí, existen, ahí mismo tenéis uno. Ved la silueta que al evocar el nombre de Emilio Carrere cruzó por estas páginas y os convenceréis de que existen. Figuraos un oficinista que jamás pisó la oficina, puesto que el día de cobrar va directamente á la Caja, sin necesidad de asistir al irritante negociado, tocadle de chambergo negro, por cuyos bordes se escapan unos rizos negros, pensad en una cara de pobladas cejas, descuidada y sin afeitar, poned una pipa en su boca, y si añadís un trajecillo sucio, unas manos vellosas y un aire general de holgaza y descuido, conoceréis al simpático poeta que en el colmo de su desesperación, cree que lo peor que se puede llamar á un hombre es:

— ¡¡Editor!!

He ahí un bohemio.

Claro es que hoy no es lo de antes.

No menos claro que en todo ello hay algo de *pose*, pero que tiene alma, *madera* de bohemio es indudable.

El divino glosador de Montmartre dijo que «hay años en que uno no está para nada». Y una de esas épocas debe haber sorprendido á Carrere cuando pudiendo escribir mucho y bueno, sólo conocemos un tomo de poesías (uno de esos libros que son lo suficiente para

«consagrar»), *El caballero de la Muerte,* y algunos cuentos ó novelas cortas.

Carrere ha llegado por sus propios méritos, y al llegar ha escrito, entre otras cosas, *El dolor de llegar.* ¿Quién os asegura que aquel celebérrimo Don Rubín no es él? Yo creo firmemente que sí. Hay en su novela un desgarramiento que de sentimental llega al alma y emociona. Es realidad, eso no se finje, no se inventa, sería inconcebible que un hombre lo escribiese sin haberlo sentido. Aquella carta final del poeta ya célebre al filósofo rural fracasado, es una gran sinceridad.

Más que novelista, es poeta.

Sus *Sonetos del Buen Ayer, La balada del Rey Ausente...* todo ese cúmulo de poesías que ha esparcido por revistas y diarios, son del más hondo sentimentalismo, la prueba inconcusa de un alma de poeta.

Leed á Carrere, lectores míos. Yo estoy bien cierto que me lo agradeceréis. La mayoría sois jóvenes y Carrere es el poeta de la juventud. Nadie como él (siempre entre «Los de Hoy») os hará sentir y amar al ideal, soñaréis. Y yo os digo que el hombre que sueña, que ama un ideal, que sabe elevar su alma y su sentir de esta prosa indigna que nos rodea, se acerca á la perfección.

Leed á Carrere, que él en sus poesías os cantará amores y os invitará al ensueño...

En sus novelas *Más que amor, El divino amor humano, Elvira la espiritual, Aventuras de Amber,* tal vez halléis puntos escabrosos. Quizá alguno de vosotros cerrará el libro antes de acabarlo y formulará un juicio contra mi recomendación... pero yo, á fuer de amigo leal, os ruego que leáis hasta el fin. Hallaréis un fondo moral indiscutible, una moral perfectamente cristiana, sensata. Me diréis que el *fin* no justifica los *medios,* y me citaréis á *Elvira la espiritual* ó *El divino amor humano...*

Ved, amigos, que la vida es así, y empeño inútil es creerla de otro modo.

¿Que os incomoda? ¿Que la mayor parte de *Elvira la espiritual* se desarrolla en una mansión de lenocinio?... Leed, leed, y llegaréis á saber los sentimientos elevados de aquel hombre que arrojado de su casa... «porque no tenía honor», sabe darlo á una infeliz que de la degradación más espantosa es elevada á la sublimidad de esposa... Veréis cómo la felicidad brota en aquel cuartito alegre que llena de cadencias las risas de un niño, y veréis también cómo el pasado se hunde en la inmensidad de lo ignoto para brillar un porvenir gozoso que velan el amor y el trabajo...

PABLO VILA SAN-JUAN
Académico de Número

DE LAS PENAS EN GENERAL

Y DE LA PENA DE MUERTE EN PARTICULAR

Hace algún tiempo que se publicaron en esa misma revista dos ó tres artículos sobre la pena de muerte, en los que, distintos compañeros manifestaban sus ideas sobre tan debatido y estudiado tema. Ahora yo me propongo (aparte de que la escasez de mis luces no me permita, quizá, profundizar bastante en la materia), publicar en letras de imprenta, formando una serie de artículos, los borradores que largos días han permanecido encerrados en mi pupitre; no se crea, sin embargo, que deseo rebatir los argumentos lanzados por señores Académicos de más valía y competencia que el que suscribe. Mi solo anhelo es, puede que sea vanidoso, que se conozca la opinión de un amante del bien y del mejoramiento social.

I

a) JUSTICIA. — *b)* LA PENA Y SU OBJETO

Todos los movimientos que en bien ó en mal se verifican en el orden moral ocasionan, á no oponerse una reacción enérgica, movimientos análogos en el orden económico y viceversa, de manera que puede considerarse cada uno de estos movimientos como enunciación y medida del otro y observarse, por ejemplo, en una estadística de la población y la riqueza, como en un espejo, el estado de la conciencia pública y los efectos de la solidaridad moral. Así, «á consecuencia de esa tendencia á la voluptuosidad que hoy se experimenta, la población empieza á desviarse del matrimonio y la familia; la fiebre del lujo y de los goces, compañera inseparable de aquélla, se apodera de las clases elevadas y desciende después hasta las últimas esferas; los medios ordinarios de la producción no corresponden ya á las necesidades; la justicia, falseada por el escepticismo y las perturbaciones de la política, no basta ya para contener al egoísmo, y el equilibrio, destruído en el orden moral, no tardará en serlo en la economía, y puede preverse lo que sucederá.....» (1).

Se quiere un progreso social; he aquí el atractivo de las inteligencias y de los corazones, de los individuos; de los pueblos y he aquí el deseo que llegará á ser el punto de apoyo de las fuerzas heroicas

(1) Proudhon: *De la justicia en la Revolución y en la Iglesia.*

que encierra el alma humana. Pues bien, hasta los tribunos proclaman en el día que el orden, la libertad y la prosperidad están siempre y en todas partes en proporción á la moralidad. Y entienden, como nosotros, por moralidad la sobriedad, el trabajo, la castidad, la vida pura y austera de la familia y la felicidad en las alegrías del espíritu y del alma.

He aquí cuál es en el día, para la mayor parte de las almas, el resorte de la vida moral: el deseo de transformar la sociedad en la justicia. Y toda ley moral se encarna y encierra en las palabras del Señor: Amarás al prójimo como á ti mismo.

Ahora bien, desenvuelta la concepción de la justicia, podemos preguntarnos: ¿dónde tiene su filiación la idea del castigo? Un autor la hace derivar de la del bien y del mal moral, y luego, partiendo de este principio, argumenta del modo siguiente: Desde el momento en que concebimos la justicia, comprendemos también que el que la viola, merece ser desgraciado, y la desgracia impuesta por la violación de la justicia, se llama pena ó castigo.

Aunque es algo arbitraria esta argumentación, contiene, sin embargo, un fondo de verdad que nos servirá para afirmar que el orden social necesita, partiendo de la justicia, mejor dicho, teniendo presente siempre la idea de lo justo, que cuando se contravenga el mismo, la autoridad encargada de la defensa de los derechos de todos, ejerza sobre el individuo contraventor ó violador del orden, cierta *suspensión* en sus derechos, para así contrarrestar el mal ocasionado, dar ejemplo á los demás y, por último, realizar el bien común. Suspensión de derechos que no es otra cosa que la pena ó castigo.

Deduciremos de ahí cuáles sean los objetos del castigo. Bajo el supuesto dado, son á nuestro entender dos los fines que se propone la pena. El primero, realizar el juicio del mérito y de la maldad que exige la desgracia del que ha obrado mal, es decir, del que ha violado el orden moral y social, y con éste la justicia; y téngase en cuenta (aquí sigo á Garnier), que si no lo es por la ley, por la acción de la autoridad pública, lo será por venganzas particulares, por la *vendetta* de Córcega ó por actos semejantes á los que encontramos en la antigüedad. Desearía que ese concepto se tomara en sentido lato.

El segundo objeto de la pena es contener (por el mal impuesto al autor del crimen), á los que sintieren deseos de seguir su ejemplo.

JOSÉ TAPIES MESTRES
Académico de Número

DE PEDAGOGÍA MUSICAL

II

Los que enseñan lo que su maestro les enseñó

Ya tenemos ahí los eternos rutinarios; toman un discípulo, y punto por punto siguen lo mismo que siguieron ellos, con lo que todos sus discípulos son iguales. No hay temperamento que valga; se acuerdan de todas las explicaciones de su maestro, y las repiten; igual explican al listo que al torpe; iguales estudios dan al que es nervioso que al que no lo es; no se fijan en los defectos de la mano de sus diferentes discípulos, y si se fijan, no miran si pueden corregirlo, sino que con cara muy seria os dicen que no podéis continuar los estudios, como me pasó á mí con un maestro perteneciente á este grupo; que porque tengo un defecto físico en el dedo índice de cada mano confesó con gran aplomo, que yo no podía seguir el piano por no poder guardar la posición de la mano al ejecutar ciertos pasajes. Para este profesor, todo el arte musical estriba en la posición de la mano. Estos profesores, aunque carezcan de voluntad propia, y aunque no hayan estudiado nada, pueden ser buenos ó malos según sea la enseñanza por ellos recibida; pero no llegan nunca á poseer el genio pedagógico. Su programa depende también de la enseñanza recibida; es decir, que según y como, pueden llegar á ser una verdadera calamidad.

III

Los que poseen grandes conocimientos musicales careciendo de genio pedagógico

Estos son los menos útiles á los niños, pues el cúmulo de conocimientos que poseen es un gran obstáculo para hacer comprender á los niños las primeras dificultades; desde su gran inteligencia no saben descender á la inteligencia sutil y frágil; éstos son buenos para dar todos sus conocimientos y mejorar los ya adquiridos á aquéllos que, ya formados, piensan en acabar sus estudios, y buscan los grandes secretos técnicos; muchos grandes profesores no podrían hacerse entender de un parvulillo, y muchas veces hemos visto estropear grandes aptitudes por culpa de la enseñanza de un gran técnico, así que también mal pedagogo.

El programa de estudios de este grupo calcúlese siempre más avanzado de lo que el discípulo pueda comprender.

IV

LOS QUE NO ADMITEN CONTRADICCIONES EN SU MÉTODO

Estos son horriblemente malos maestros, estos no son buenos para formar un artista; ya sabemos que hay una gran diversidad de pareceres sobre la manera de apreciar la belleza de una obra, y que dos artistas la pueden interpretar divinamente, interpretándola completamente diferente uno de otro, y esta distintiva es lo que indica la personalidad de cada artista; pues bien, un maestro de este grupo no deja en libertad el temperamento de sus discípulos, quiere que no se distingan en nada uno de otro, ni cada cual de su profesor, y al coartar así la libertad espiritual, privan la expansión á una nueva personalidad, sin comprender que la mayor gloria de un maestro está en descubrir una personalidad, y en darle vida propia, aunque sea completamente opuesta á la suya.

El programa de éstos acostumbra á ser bueno, aunque sin ninguna obra técnica moderna.

V

LOS DE CONSERVATORIOS Y ACADEMIAS

Estos profesores, por buenos conocimientos técnicos y pedagógicos que tengan, entran de lleno en el grupo II, sino que en éstos todo depende del programa que se da en el Conservatorio ó Academia que desempeñan su profesión.

El defecto más capital de estos profesores no estriba en ellos, sino en el gran número de discípulos que por el Conservatorio ó Academia han de pasar, en un corto período de tiempo: así vemos clases en los Conservatorios en las cuales se ha de dar lección, en dos horas, á más de sesenta alumnos, y, cómo se comprende, en tan corto período de tiempo, por buenas dotes pedagógicas que reunan no pueden ejercerlas.

Los programas de todo Conservatorio, calculados para medianas inteligencias, como se comprende sean hechos, perjudican á los discípulos listos por ir demasiado despacio en sus estudios, y á los torpes por ir demasiado aprisa.

Por fin: vamos á ver quienes son los verdaderos maestros.

FERNANDO ARDÉVOL
Académico de Número

BIBLIOGRAFÍA

La república española en 191..... — El éxito de este interesante libro ha superado en mucho las esperanzas de sus autores, los señores Cirici Ventalló y Arrufat Mestres. En unas cuantas semanas de los meses de verano, los menos propicios para la venta de obras, se ha agotado por completo la primera edición de 16,000 ejemplares, caso excepcionalísimo en los anales de la librería. Y se ha agotado la edición cuando los pedidos, tanto de España, como del Extranjero y de América, en vez de amenguar eran más frecuentes y considerables.

En vista de ello, los autores están trabajando activamente en la preparación de la segunda edición de la obra, que no tardará mucho en ponerse á la venta, y que, según nuestras noticias, no será una simple reimpresión, sino casi una nueva obra, gracias á importantísimas correcciones, reformas y adiciones.

Todo hace, pues, suponer que la segunda edición de *La República española en 191....*, notablemente corregida y aumentada, tendrá un éxito tan extraordinario ó más, si cabe, que la primera.

***

La Biblioteca «Patria», que no da descanso en su campaña en favor de las letras españolas y que no omite sacrificios, publica por estos días un nuevo libro, que hay que aunar á los muchos y muy valiosos que tiene ya publicados. Ese nuevo libro se titula *La tragedia de D. Iñigo* y de él es autor el joven literato D. Pedro Luis de Gálvez.

Es *La tragedia de D. Iñigo* un relato sugestivo, pintoresco á veces y siempre interesante. La pluma se ha deslizado fácil, poniéndose seria unas veces, abandonándose en otras ocasiones á un buen humor sano, consiguiendo desde los primeros momentos impresionar el ánimo del lector, rendirlo y cautivarlo, ya con la seducción de la fantasía que se despliega á sus anchas, ya con el regocijo del verbo que chispea irónico y maleante.

Perfila el autor de *La tragedia de D. Iñigo* los tipos que discurren por las páginas de su libro con una propiedad de líneas y con una gracia en el dibujo que son su mayor encanto. En dos trazos hábiles pinta un carácter, sin que nada sobre, ni nada falte. Además, mueve las figuras con donosura y con gentileza. Serios ó cómicos, los personajes que ha creado Gálvez, se producen con una gran naturalidad, como si hubiesen ido á las páginas del libro tallados en carne humana y arrancados con acierto á la realidad fecunda de la vida.

Por eso, por esa naturalidad, nos son simpáticos. Y nos complacemos en acompañarlos en sus aventuras, tristes ó gratas, desde que con ellos hacemos trato y amistad.

Sin duda alguna, juzgando y sentenciando en justicia, el público que sigue con tanto interés como devoción el esfuerzo realizado por la Biblioteca «Patria», leerá con agrado y aplaudirá por gratitud ese nuevo libro, *La tragedia de Don Iñigo*, que consagra los talentos de un escritor joven de tantos méritos como Pedro Luis de Gálvez.

Pídase en todas las librerías de España y América al precio de UNA peseta.

El precio de la colección de 50 tomos de los publicados por esta popular Biblioteca es de 32'50 pesetas al contado y el de 40 pesetas pagaderas en ocho plazos mensuales de 5 cada uno; condiciones que ninguna otra ofrece al público.

Para recibir los dichos 50 tomos, basta dirigirse al administrador de la Biblioteca, Bailén, 35, pral., Madrid.

***

En honor de la Virgen del Pilar. — Se han publicado ahora unas estampas preciosamente grabadas en rico papel, con objeto de propagarlas hasta el

punto de que puedan ser colocados varios ejemplares en cada casa; pues su ínfimo precio de venta permite adquirirlas en cantidad para ser regaladas con profusión. Las hay de dos tamaños; de 26 × 39 centímetros y otras algo menores.

Difícilmente puede hacerse, para propaganda, cosa mejor y tan barata. Las estampas mayores se envían á 15 céntimos una ó 12 pesetas el 100; y las pequeñas á 4 pesetas el 100.

Pídanse, acompañando el importe, á los *Anales del Pilar*. Apartado 59, Zaragoza.

***

LA PEQUEÑA INDUSTRIA CONTEMPORÁNEA, por *Víctor Brants*, de la real Academia de Bélgica, Profesor de la Universidad de Lovaina.

¿Qué será de la pequeña y de la mediana industria? ¿Sobrevivirá? ¿Tomará nuevos desarrollos? ¿Con qué procedimientos? ¿Está llamada á desaparecer? Esos pequeños talleres que se abren en las calles de las ciudades populosas y en las villas más humildes, ¿están condenados á muerte? ¿No habrá en el porvenir clases artesanas, ni pequeños comerciantes, ni pequeños industriales? O ¿es falsa, ó al menos prematura, esa profecía lúgubre?

Para contestar á estas preguntas ha escrito este libro el sabio economista Víctor Brants. Como conclusión de este libro, donde se plantea y resuelve el problema de las clases medias de la industria y del comercio, el más nuevo y uno de los más interesantes que podemos someter á nuestro estudio y á nuestra acción, dice Brants:

«Los hechos no permiten ni el pesimismo ni el optimismo; pero dicen que el peligro existe, y para desvanecerlo hay que luchar.

No he disimulado las dificultades y debilidades de los oficios en la vida económica moderna, ni su retroceso, ni sus defectos.

Hay terrenos definitivamente perdidos para ellos.

He señalado su supervivencia, á pesar de su inercia prolongada y de las dificultades tan desfavorables en que lucha. He indicado, en fin, algunos medios de rejuvenecer, sin disimular que su utilización es todavía muy restringida y sin garantizar que esos medios sean el triunfo indefectible.

Tienen los oficios zonas inmunes: lo son por su propia naturaleza, y perseverarán así. Hay otras amenazadas: los artesanos podrán mantenerse en ellas si se organizan y defienden; su resistencia podrá ser tanto más seria cuanto más indefinido aparezca su porvenir; lo será, sobre todo, allí donde la máquina encuentre más obstáculos y donde no pueda hacerlo todo automáticamente; donde el trabajo, la moda y el gusto aporten elementos variables y personales; donde no pueda producirse en grandes cantidades.

Tal vez haya decepciones: tal vez no se obtenga todo lo que se espera de las Cooperativas, de las circunstancias locales, psicológicas, etc.; pero esa es condición de toda empresa humana...

A ese precio, los oficios actuales continuarán subsistiendo aún mucho tiempo; con mayor razón si se defienden bien. Se puede asegurar que algunos subsistirán siempre, y que en ellos la gran industria será imposible.

He ahí su perspectiva si medidas legislativas no los protegen, creándoles reservas, excluyendo la concurrencia en ciertos productos, organizando y restaurando el régimen corporativo, tan difícil hoy...

Si los cambios externos no vienen á modificar la actual corriente económica, acaso cambios de lenta organización creen poderosas clases medias en la gran industria, y el régimen jurídico, profesional, sindical y cooperativo podrán dar nacimiento á otra clase media tan independiente como la antigua.

La tendencia constante y necesaria á la acumulación y á la concentración progresiva é intensiva de las fortunas y á la destrucción de las clases medias está desmentida por muchas experiencias, aun en los países de la gran industria. Es verdad que no hay ya tantos obreros que se conviertan en patronos: pero hay muchísimos que siguen una marcha ascendente, ya por sus altos salarios, ya como contramaestres, ya como subjefes en el estado mayor industrial, ya por su

accesión á la propiedad, y, en general, por mejorar su suerte. El espanto de la burguesía, descrito por Schulze Gaevernitz, que comparaba las chimeneas de la fábrica al dedo amenazante trazando en el espacio el *Mane, Tecel, Fares* de la pequeña industria, es exagerado».

No puede darse en menos la substancia del libro; pero esa substancia es la conclusión á que llega el autor después de haber demostrado los principios, después de haber recogido los hechos, después de haber inducido las leyes, al final de un largo proceso científico, propio de uno de los más grandes economistas de Europa.

Este problema de las clases medias se está planteando ya en España y en las Repúblicas sudamericanas. En nuestra lengua no hay libro más autorizado ni más reciente que pueda servir de guía. El autor acaba de escribir un apéndice para la edición española. Sale, pues, rejuvenecida, al día.

Un volumen en 8.° mayor, encuadernado en rústica, una peseta; en tela, 1'75 pesetas; precios en Madrid.

Casa editorial Saturnino Calleja Fernández, fundada en el año 1876, calle de Valencia, núm. 28, Madrid.

***

VILLAFELIZ Ó EL PARAÍSO PERDIDO, por D. *Francisco G. Cuevas*, imprenta de «El Amigo de Pueblo», Alcalá de Henares, 1910.

No es esta novela un libro más que se presenta en el mercado literario. Se presenta, sí, también, en este mercado, y se presenta tan galana y bellamente ataviada, que puede competir con las mejor escritas y más primorosamente presentadas. Pero con ser su mérito literario tan grande, nada es en comparación de su fondo moral, gallarda y amenamente vaciado en el puro y limpio troquel de la ortodoxia católica.

«Villafeliz» es uno de esos libros, que empezando á leer, no se sabe dejar; sus páginas á la vez que deleitan llevan al ánimo un intenso y plácido convencimiento de las verdades que expone.

Estilo sencillo, pero clásico; tipos auténticos, diálogos naturales de verdad, escenas arrancadas del natural, todo se ha dado cita en «Villafeliz», para hacer aborrecible el error y simpática la verdad.

Este libro se halla de venta en Madrid, librería de D. Enrique Hernández, Paz, 6, y en Alcalá de Henares, en el comercio «La Bola de oro», plaza de Cervantes, 37, y en casa de su autor, Cisneros, 5, al precio de 2 ptas.

***

EL AMOR DE DIOS, por el Ilmo. y Rmo. señor *Obispo de Aguascalientes D. Jose María de Jesús Portugal, O. M.* — Un volumen de 11 × 18 cm. En rústica, pesetas 3; lindamente encuadernado en tela inglesa, ptas. 4. (Por correo certificado, ptas. 0'40 más).

Para dar idea de la importancia de la nueva obra del Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Aguascalientes, que acaba de publicar esta casa, insertamos á continuación el *índice*

PARTE PRIMERA. — *El amor de Dios en su esencia.* — Capítulo I. El fin de la ley divina. — Capítulo II. El amor de Dios. — Capítulo III. Continuación del anterior. — Capítulo IV. Termina el anterior. — Capítulo V. La virtud de la caridad. — Capítulo VI. La luz del Señor. — Capítulo VII. La hermosura de Dios. — Capítulo VIII. La vida divina. — Capítulo IX. Sabiduría de Dios. — Capítulo X. El poder de Dios. — Capítulo XI. El Santo de los santos, Rey de los reyes, Señor de los que dominan y Dios de los dioses.

PARTE SEGUNDA. — *Del amor que debemos al Señor y de cómo debemos practicarlo.* — Capítulo XII. Obligación del precepto del amor. — Capítulo XIII. Medios para adquirir el amor de Dios. — Capítulo XIV. De la excelencia

y bienes de la caridad. — Capítulo XV. Sumo cuidado con que debemos conservar el amor divino. — Capítulo XVI. Peligros de perder el amor de Dios. — Capítulo XVII. Grados del amor divino. — Capítulo XVIII. Continuación del anterior. — Capítulo XIX. Concluye el anterior. — Capítulo XX. Diversos afectos con qué expresamos á Dios el amor que le tenemos. — Capítulo XXI. Del amor de benevolencia para con Dios nuestro Señor. — Capítulo XXII. Del amor de conformidad. — Capítulo XXIII. El amor y el dolor. — Capítulo XXIV. El amor de Dios en sus relaciones con el amor del prójimo.

PARTE TERCERA. — *Magisterio de Jesucristo sobre el amor de Dios.* — Capítulo XXV. El amor de Dios en nosotros. — *La Humildad.* — Capítulo XXVI. La obediencia. — Capítulo XXVII. De la meditación, la oración y el amor de Dios en nuestras almas. — Capítulo XXVIII. La mortificación de nuestros sentidos y pasiones relacionada con el amor de Dios. — Capítulo XXIX. La paciencia. — Capítulo XXX. Clemencia y mansedumbre de nuestro amor á Dios. — Capítulo XXXI. La pureza y el amor. — Capítulo XXXII. El verdadero progreso del amor. — Capítulo XXXIII. La santa indiferencia del amor. — Capítulo XXXIV. Jesucristo. — Capítulo XXXV. La Virgen Santísima.

***

NOCIONES DE FÍSICA, por el *Dr. D. M. Wildermann.* Quinta edición, corregida y aumentada. Con 174 figuras intercaladas en el texto. (XVI + 210 págs.) En rústica fr. 2; en media tela fr. 2'35.

Los progresos constantes de las ciencias, y sus aplicaciones cada vez más interesantes, nos han obligado en esta edición á añadir diferentes nociones y á completar algunos de los puntos ya tratados; pues si bien es cierto que la presente obra es elemental, también lo es que cada vez se pide algo más á las personas instruídas.... A estas necesidades hemos procurado responder en la presente edición de la *Física*.... Se encontrarán, pues, en esta nueva edición nuevas nociones sobre la materia y sus estados, las unidades de medida, las leyes del movimiento, la energía y sus transformaciones, la composición del aire atmosférico, los efectos que en él ejercen las plantas y los animales, el movimiento ondulatorio, los progresos de la navegación aérea y de la electricidad, la previsión del tiempo, los climas, y sobre una de las más asombrosas conquistas del genio del hombre, el análisis espectral, mediante el cual se ha llegado á penetrar los secretos de la constitución del universo. — De este modo queda la *Física* al corriente de los más recientes adelantos.

***

EFICACIA EDUCADORA DE LA PRIMERA COMUNIÓN Á LA EDAD DE SIETE AÑOS, por el *R. D. Salvador Rial,* Párroco del Bruch. — Un folleto en 8.°, de 11 × 19 cm. En rústica, ptas. 0'20; 100 ejemplares, ptas. 16; 500 ejemplares, pesetas 75.

Interesante folleto que demuestra brillantemente la eficacia educadora de la primera Comunión de los niños desde que tienen uso de razón:

I. La Eucaristía, educadora de la inteligencia.
II. La Eucaristía, educadora de la voluntad.
III. La Eucaristía, educadora de las pasiones.

PLÁCIDO

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD. — MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA